

CAMINAR

Erling Kagge

Un día mi abuela ya no pudo andar.

Ese día murió. Físicamente vivió un poco más, pero las prótesis que le habían puesto para sustituir a sus viejas rodillas terminaron por desgastarse y ya no soportaban el peso de su cuerpo. Tumbada en la cama perdió la fuerza muscular.

Su sistema digestivo falló. Su corazón latía más despacio y respiraba con dificultad. Los pulmones absorbían cada vez menos oxígeno. En sus últimos momentos jadeaba en busca de aire.

En aquel tiempo yo vivía con dos de mis hijas. La más joven, Solveig, apenas contaba trece meses. Mientras su bisabuela se encogía despacio y adoptaba una posición fetal, Solveig sintió que había llegado la hora de aprender a andar. Al levantar los brazos por encima de la cabeza y agarrarse a mis dedos, era capaz de avanzar a trompicones por el salón. Cada vez que Solveig se soltaba e intentaba dar unos pasos sola, descubría qué era arriba y abajo, la diferencia entre largo y corto. Cuando tropezaba y se golpeaba la frente con la esquina de la mesa del salón, notaba que algunas cosas están duras y otras bl...